

Amor violento

H.K. A



Capítulo 1

El hombre ingresó violentamente a la casa, urgido por los gritos de la mujer, que amenazaba con ventilar el conflicto a oídos de los vecinos. Pero no era la primera vez...

Cerró la puerta tras de sí con un golpe seco, mientras Gabriela se adentraba en el living comedor.

- ¿Cuánto tiempo más vas a pensar que soy una estúpida?

- ¿Y cuánto tiempo más vas a hacerme la vida imposible con tus tonterías? -dijo Gabriel.

- Entonces ahora acostarte con tu nueva secretaria es una tontería.

La voz de la mujer se mantenía a raya solamente por su sentido del cálculo.

- No es la primera vez que lo hago. Si quieres irte, vete.

- ¿Y dejar que me pisotees a tu gusto?

- Llevo haciéndolo años, ¿por qué precisamente ahora te importa? Hasta donde sé, tú tampoco eres una santa.

Gabriel miró a su esposa fijamente a los ojos, con esa mirada cínica y burlona que a veces interpretaba como la expresión de una broma, mas no esta vez...

- Tienes suerte de que no haya niños de por medio...

Ella lo apuntaba con el dedo, dando énfasis a su afirmación.

- Nunca has querido tener hijos, no vengas a sacarme en cara eso ahora. Gabriel intentaba parecer indiferente, pero ella podía mirar más allá de sus ojos.

- Sabes perfectamente a qué me refiero...

- Sabes que nunca he querido tener hijos, no es un argumento válido en esta discusión, estúpida mandona.

- Entonces lo admites: soy una estúpida.

- Y también una ramera.

La expresión de la mujer cambió de la ironía al espanto.

- ¿Cómo me dijiste?

- Vamos, no tienes que esconder tus trapos sucios, nos conocemos hace demasiado tiempo como para tener secretos.

- ¿Cómo me dijiste?

Gabriel se acercó a Gabriela, lo suficiente como para sentir su aliento.

- Ramera. Aunque puede que te guste más que te llamen Lindsey, o al menos eso fue lo que le escuché al último.

La cachetada sonó por toda la estancia, cual si su pómulo fuera un tambor en vez de un trozo de piel viva y elástica.

Gabriel se quedó pasmado un momento. Era como si algo no terminara de encajar. Se llevó una mano a la mejilla y una leve capa de líquido rojo se pegó a su palma.

- ¿Vamos a empezar otra vez?

La voz del hombre sonaba cansada.

- ¡ Retira lo que has dicho!

- Lo siento, pero si me pides que no te mienta, no puedo retirarlo.

Una nueva cachetada golpeó su otro pómulo, y cuando venía la tercera, el hombre detuvo la mano a mitad de camino.

- Discúlpate y nada pasará.

- ¡ No pienso disculparme contigo, pedazo de mierda!

La mano de él comenzó a apretar la muñeca de ella, cada vez con más fuerza, mientras comenzaba a gemir, débilmente primero, y casi conteniendo los gritos luego.

- ¡ Discúlpate!

- ¡ No voy a disculparme por defenderme de ti!

Gabriel siguió apretando la muñeca, hasta que, mientras Gabriela aguantaba la respiración para no gritar, un brusco crack llenó momentáneamente el aire.

La mujer cayó al suelo llorando con la muñeca rota, mientras el hombre le daba la espalda y caminaba hacia la cocina, con sus manos tapándole la cara.

- Por qué tenías que llegar a esto... ¡ ¿Por qué?! -dijo el hombre sin voltearse a mirar a la mujer tirada en el piso. Gabriela no respondió, pero en su mirada había odio. Odio puro y desenfrenado. Se puso de pie silenciosamente y a grandes pasos se acercó a su marido, para clavarle el codo derecho en la espalda.

El hombre cayó bruscamente al piso, retorciéndose de dolor, mientras su esposa se acercaba y comenzaba a patear sus costillas repetidamente. Sin embargo, ella no era la única llena de ira ahora.

Gabriel tomó el tobillo que lo golpeaba con su mano y usando toda su fuerza botó a la mujer, que al caer se golpeó en la cabeza, quedando aturdida un momento. Con el dolor cercenándole las costillas y la espalda, el hombre se puso de pie, caminó hasta la cocina y extrajo un cuchillo para carne de uno de los cajones, para volver en seguida a los pies de su esposa.

Se sentó encima de la semiinconsciente mujer y comenzó a abofetearla para que despertara. A penas sus ojos se abrieron le mostró el cuchillo.

- Lo siento, pero esto debe acabar de una vez por todas. . .

Los ojos de la mujer reflejaron terror, y comenzó a moverse frenética para librarse de su esposo, logrando, tras forcejear unos momentos, mover su cuerpo hacia arriba por el piso, quedando sus rodillas justo por debajo de la pelvis del hombre. Una enérgica flexión de rodilla y el hombre quedó momentáneamente fuera de combate.

La mujer asió el cuchillo velozmente y forzó a Gabriel a que extendiera las piernas, aumentando la presión y el dolor

en su ingle. Se sentó sobre él y sin decir más palabras, se dispuso a clavar el cuchillo en su pecho...

El cuchillo se hundió en una esquina del corazón, al tiempo que las manos del hombre tomaban la parte alta del cuello de la mujer y un lado de su mandíbula, para torcer su cráneo en noventa antinaturales grados.

Gabriela cayó sobre el pecho de Gabriel, mientras los brazos de éste caían a sus costados.

Él intentó articular una palabra, pero la sangre llenó rápidamente un charco a su alrededor, vaciando la vida de su cuerpo.

Estaban muertos.

Pasaron dos horas vacías y silenciosas en el pasillo del living, y un enorme charco de sangre pintaba de rojo el piso.

En ese momento, la sangre comenzó a retroceder, como una colmena de hormigas asustadas por el agua o por el fuego, volviendo a la colonia...

El hombre volvió a la vida.

Extrajo el cuchillo de su pecho con dificultad y respiró violenta y recortadamente por unos minutos. Solo entonces la mujer despertó, doblando su cuello de manera refleja e inhalando frenéticamente, como intentando meter en sus pulmones todo el aire del lugar.

Se quedaron así varios minutos, sin decir nada, demasiado avergonzados para enfrentarse mutuamente. Pero tras cinco minutos de vergüenza y tensión, la mujer quebró el silencio:

- Somos unos imbéciles...

- Perdóname, -dijo Gabriel.

- No. Eres tú quien debe perdonarme... la eternidad es tan grande y yo. . .

Gabriel puso un dedo sobre los labios de Gabriela y emitió un leve shhh. Besó delicadamente a su mujer y acarició su mejilla. Ella lo imitó, y las heridas de los golpes ya no estaban en su cara. Se miraron a los ojos, y la pasión de la vida electrificó sus cuerpos.

Un nuevo beso transformó el ambiente, en que la ropa comenzó a desprenderse de la pareja, que comenzaba una nueva vida juntos, literalmente.